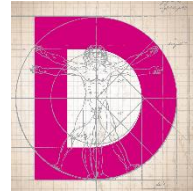


*Digilec* 2 (2015), pp. 142-145

Fecha de recepción: 05/11/2015

Fecha de aceptación: 12/12/2015

DOI: <https://doi.org/10.17979/digilec.2015.2.0.4605>



e-ISSN: 2386-6691

## **LOS MURALES DE ANAHUAC. MÉXICO Y LOS ANGELES CALIFORNIA**

**ANAHUAC MURALS. MEXICO AND LOS ANGELES CALIFORNIA**

Rodrigo VELÁZQUEZ SOLÓRZANO



Llegó el veintitrés de agosto por la noche al aeropuerto, sin embargo antes de poder ingresar a Los Ángeles California, en la última revisión de documentos un policía lo detuvo de forma imprevista y le pidió que le entregara su pasaporte. Lo llevó a una sala pequeña y apartada con otros detenidos, todos eran centroamericanos; argentinos, guatemaltecos, chilenos.

El pretexto para atajar su camino fue según le dijeron que su boleto no tenía fecha de regreso a su natal Culiacán Sinaloa. Él explicó el motivo. Lo había obtenido por un amigo trabajador de *Aeroméxico*, con descuento de trabajador pero sin fecha de regreso. Así lo expedía la empresa, así había visitado Texas el año pasado y así había conocido Nevada y Arizona el año antepasado.

Ahora regresaba a festejar el cumpleaños de su hermana a la que le había comprado una bolsa de tamarindos, aguacates y hojas de Jamaica.

—Mire mi pasaporte y mi visa. Ahí vienen registradas mis entradas y mis salidas de Estados Unidos, revíselo.

Pero el policía acostumbrado a su rutina hizo caso omiso. Le estiró sobre una mesa una hoja para que la firmara.

—Sin leerla. No es necesario que la lea. Es para otorgarle un abogado que lo asesorará mientras está detenido en el aeropuerto —le gritó.

Él la observo y la firmó de mala gana mientras el policía lo miraba con menosprecio.

—Ahí está su hoja... —Se aguantó las ganas de terminar su frase y decirle *culero*.

Después de firmar el papel, lo trasladaron por varios pasillos apartados de la terminal de documentos hasta llegar a una pequeña recepción donde apuntaron su nombre y le avisaron que sería deportado en el primer vuelo de regreso a México. Cruzó la recepción y entró a un cuarto grande. Era como el cuarto del orfanato donde creció con su hermana, un área rectangular llena de literas con unas cuantas ventanas que mostraban las pistas de despegue.

Al entrar escuchó a una señora replicarle a un policía.

—Por lo menos déjenme salir a escupir a la calle.

Esto le causó gracia y le arrebató una sonrisa. No le quedaba más que la resignación. Fue a una de las literas vacías y se acostó con intención de dormir pero no lo consiguió. Se pasó ahí varios minutos moviéndose de un costado a otro sin poder acomodarse. Una colombiana enfrente de él lo observaba con curiosidad. Molesto porque no había nada que pudiera hacer, comenzó a platicar con una salvadoreña que se encontraba en la litera de abajo. Tendría veinte años la salvadoreña, una chica bastante vulgar pero no era fea. Como sea no platico demasiado con ella a causa de su desesperación, y el tono de voz de Alejandra. Le desagradaba el sonido agudo de sus expresiones, así que se levantó.

Ahorita regreso le dijo. Voy al baño. Pero en vez de eso se acercó a platicar con una peruana que estaba haciendo la limpieza del lugar. Sólo que ella como buena trabajadora inmigrante no le hizo caso y continuó trapeando el piso sin responderle a nada de lo que le preguntaba. Se decepciono y volvió a la litera más abatido que antes.

La salvadoreña estaba en la cama donde él se había acostado. No le prestó importancia pero sabía lo que significaba así que y se acostó junto a ella en la litera de

arriba. Platicaría con quien fuera. <<Para qué estoy de solitario estando aquí>> Pensó. <<Más vale platicar con ella que hacerme el dormido o andar recordando los bares donde me embriagaba en el Estado de México>>. Así que durante media hora estuvieron preguntándose sus trivialidades y justo al poco rato de que comenzaron a llevarse bien la luz del lugar se apagó. Hora de dormir. Escucharon al policía que lo gritaba.

—Todos a guardar silencio.

Continuaron platicando en voz baja otros minutos, pero al cabo de un rato ambos comenzaron a decir menos cosas y a tocarse con erótico entusiasmo. Se desnudaron bajo la única cobija que había y comenzaron a disfrutar de sus cuerpos sin reparo de los demás detenidos en el lugar.

Aquella noche llegó a la misma cama donde él estaba con la salvadoreña, la colombiana, que lo observaba desde que llegó. Corrió con suerte, porque que no sólo era vulgar al hablar la salvadoreña, sino también en la cama.

—A la mierda California—. Pensó Oscar Lira al despertar.

El día comenzaba a clarear cuando sintió un beso en la mejilla. La colombiana que estaba de su lado izquierdo aún dormía. La salvadoreña, después de darle dos besos en la mejilla se bajó de la litera para dormir en la otra cama. Él se levantó y fue al teléfono de monedas que en una esquina del enorme cuarto se veía como una esperanza. Al llegar observó la lista de números pegada a un costado. Eran de las diversas embajadas que había en Los Ángeles.

Descolgó el auricular y marcó los ocho dígitos de su casa, escuchó un breve silencio seguido de un tono repetitivo de llamada sin destino, lo estuvo oyendo hasta que regresó el silencio al teléfono. Volvió a repetir el acto en dos ocasiones más.

Digitar sin depositar monedas o sin numerar la lada internacional no tenía importancia, el acto de tomar el auricular y presionar los números en determinado orden lo relajó por un momento.

Marcar a su embajada no tenía sentido, a su hermana tampoco, sería deportado en un par de horas, lo sabía de antemano.

Al ir regresando a la litera, observó a un señor sentado frente a la única mesa del lugar. Parecía estar muy triste, se le notaba una ropa demasiado desgastada; sus ojos cansados y su postura encorvada denotaban melancolía. Caminó rumbo a él, tomó asiento y le dirigió un cordial “hola” en espera de una respuesta. El señor levantó la vista cauteloso y con movimiento oxidado. Se miraron unos segundos.

—¿Y a usted por qué lo detuvieron?

—Por el boleto de avión ¿Y a usted?

—Porqué venía con mi hijo. Bueno, vengo a ver a mi hijo. Lo que sucede es que yo tengo a toda mi familia viviendo aquí en California.

—¿Desde cuándo viven en Los Ángeles?

—Ya seis años. Yo era el único que no quería venir.

Silencio.

—¿Y al final por qué cambio de parecer?

—Acaba de nacer mi nieta.

—¿Y por qué lo detuvieron?

—Porque venía con un niño que no era mío.

—¿Que no era suyo?

—Me lo prestaron.

El señor volvió a bajar la mirada y esperó unos momentos para decir en voz mengua y lenta.

—Pagué un poco de dinero. Así es más fácil entrar a California. Con un niño que te acompañe, que tenga la piel clara, pero los policías sospecharon y me detuvieron.

Oscar se sorprendió de la pasmosa facilidad con que confesó eso.

—¿Y el niño?

—No sé.

Otra pausa. Ahora más larga y melancólica.

—Ya estando en los Ángeles le devolvería al niño a un conocido para que siguiera ayudando a entrar más gente, pero me engancharon.

Ambos callaron mientras veían al suelo. El señor se levantó después de un minuto y caminó al baño. Oscar regresó despacio hacia la litera y se quedó mirando a la colombiana. Le gustaron más los senos de la salvadoreña, así que se acostó a dormir con ella. Se tapó con la cobija y la abrazó. Le tocó un muslo y le besó el cuello. Ella no despertó. Estuvo ahí un rato hasta que se aburrió de abrassarla. La fue soltando poco a poco para subirse con la colombiana.

Puso el primer pie fuera de la cama y al estarse levantando vio entrar al policía que lo detuvo. Fue hacia él para preguntarle sobre su equipaje y su pasaporte que aún no le regresaban.

—Que tal la colombiana. Lleva aquí una semana, ¿sabías?

—No.

—Traía un pasaporte falso. Se quedará por lo menos tres meses.

El mexicano levantó los hombros y no dijo nada.

—Vámonos, ya te programaron en un vuelo de regreso a ese lugar que llamas Méjico.

El policía lo escoltó un par de pasillos hasta una puerta que conectaba con la pista. De ahí lo subió a una camioneta blanca con los interiores en gris. Lo llevó a las escaleras de un avión de *Mexicana*. Acompañó a Oscar hasta su asiento y le entregó el pasaporte. El policía dio media vuelta para bajar del avión, pero apenas caminó dos pasos cuando escucho decir:

—Hey, poli.

El gendarme español volteó para ver la mano izquierda del mexicano que le enseñaba su dedo más preciso en clara señal de grosería. Lo miró con enfado pero se resignó a continuar su camino y bajar del avión. Los demás pasajeros ya habían abordado, Oscar fue el último en acomodarse en su asiento.

Antes de que partiera el avión, se acercó una aeromoza para decirle a Oscar que no se preocupara, que ya estaba a punto de regresar a casa.

Oscar le pidió un vaso de agua a la aeromoza, después abrió la escotilla y miró por la ventana la pista de un país hermético y cuidado. Luego escuchó por el altavoz las instrucciones de apagar el celular y colocarse los cinturones.